

Sartre y la ética de la literatura

JOSÉ MARÍA JIMÉNEZ CABALLERO



Al hablar de la literatura existencialista de Sartre incurrimos en la consecuencia fundamental que la teoría de la existencia del ser humano nos brinda, y nos distanciamos del estatismo que supone un concepto como el de naturaleza humana. Según el filósofo francés, la tesis formulada por la burguesía del siglo XIX, y mantenida por la democracia burguesa dominante en la Francia de mediados del siglo XX, que trataba de fundamentar la individualidad propia del hombre como último elemento social, poseedor de una naturaleza universal e inamovible por la que todos los hombres merecían la igualdad de derechos, y que abogaba por el equilibrio social, caería en la contradicción cuando apareciera tras la victoria de la sociedad burguesa la figura del proletario. ¿Qué ocurría cuando un burgués decimonónico miraba a la sociedad y descubriría una colectividad por debajo de él en la estructura social? Parece que la teoría de la naturaleza universal que el espíritu analítico había promulgado no se adaptaba a todos los individuos de la colectividad. Lo que en una época fue un arma defensiva se había convertido en una forma de opresión justificada.

Para contradecir la tesis analítica defendida por la burguesía, Sartre habría aludido a la premisa de que “el hombre no es sino lo que él se hace”, que se constituiría como trasfondo a lo largo de toda su obra, alcanzando en consecuencia tanto a la ética del escritor como a la del lector, ya que como ninguno de ellos, como existentes, escaparía a la “condena de la libertad”. En la biografías *Baudelaire*, *San Genet comediante y mártir* y, sobre todo, en la obra más extensa sobre Flaubert, *El idiota de la familia*, Sartre estudiaría la trayectoria personal de tres figuras eminentes de la literatura francesa mediante su método progresivo-regresivo, que permite observar con minuciosidad las contradicciones de una época, cómo afectaron al autor en cuestión (siempre a través de su obra, de la que Sartre examinaría hasta la carta más insignificante) y corroborar por qué se decantaron por sus elecciones originarias, cuyo matiz común era el de ser escritores.

Cómplice de la ciencia y los científicos, la literatura —como expone Sartre cuando habla de Flaubert— dedicaría sus cantos a esa universalidad de la naturaleza que el hombre manifestaba por doquier sin discernir la condición funesta en la que los nuevos oprimidos habían caído. En *El idiota de la familia*, Sartre describe a un Flaubert cuyas circunstancias vitales (nacido en una familia que podría ser la representación objetiva de la burguesía) y elecciones personales (decidió ser poeta y divagar sobre cómo llegaría a conquistar la gloria) lo habían llevado a adoptar la actitud del escritor parasitario que escribía a sueldo de la clase burguesa, dispuesta a oír los versos de alguien que no tendría nada que decir contra el *statu quo*. Si “Gustave” se “quería hacer otro”, era por no querer asumir la responsabilidad de su existencia y su labor de escritor. A pesar del aprecio que Sartre sentía por Flaubert, al

cual estuvo leyendo y releendo durante toda su vida, era consciente de su carencia de compromiso con la sociedad, como demuestran sus palabras en *¿Qué es literatura?*: “Considero a Flaubert responsable de la Comuna de París”. La irresponsabilidad que arrastraba el literato del siglo XIX, que parecía immanente a la causa del escritor, fue condenada por Sartre en el texto ya citado, y en la misma línea que Edward W. Said, podemos considerar a Sartre como uno de los escritores que contribuyó a desmitificar el mito del escritor huraño, proclamando de forma casi revolucionaria: “No queremos avergonzarnos de escribir y no tenemos ganas de escribir para no decir nada”.¹ Con el movimiento existencialista descubrimos la concepción de la literatura de compromiso y la figura del escritor comprometido con la sociedad, algo que no interesó ni a Flaubert ni a Baudelaire (salvando la belleza de su obra). La literatura debía convertirse en una función social destinada a todos los hombres, el escritor en alguien útil para la sociedad. Recuperar la dignidad que un escritor podía sentir al escribir, dejando de considerar el abismo infrahumano que existía entre clases, significaría escribir para la época; la función de la literatura y la del escritor consistiría en recoger los valores de la eternidad, contemporizando la expresión que de ellos pueda dar un mundo escrito a las situaciones cotidianas. Hay ciertos valores que no merecerían volver a ser pensados.

En *San Genet comediante y mártir* Sartre reafirmaría, mediante la polémica figura de Jean Genet (a la que tanto aprecio ofrecía en público: recordemos que le dedicó su *Baudelaire*), la ética del escritor. El universo de Genet que Sartre presenta en el texto tendría como base el conjunto de calamidades que el polémico literato soportó desde que en su elección original se erigiera como escritor. El niño “ha decidido vivir”,² no se dejó llevar por los “justos” y escribió para transformar los valores por los que había sido expulsado de la colectividad: “Una libertad sólo tiene una forma de dirigirse a otra: exigir”.³ Con Genet, Sartre apelaría a la figura del escritor comprometido frente a la descripción que había esbozado de Baudelaire cinco años antes en la breve biografía que le dedicó. Baudelaire manifestó a lo largo de toda su existencia una tendencia al suicidio que confirmaría que no fue consecuente con su vida y conoció la irresponsabilidad desde su primera crisis; así es como, en su senectud, Sartre lo describe como un niño que había envejecido, que no había intentado desarrollarse y que no quería ser consecuente con las lecciones que tendría que haber tomado: el *dandy* por excelencia, que creó un arte que continuamente se fue rejuveneciendo y que no mostraba ningún tipo de compromiso. La ética del escritor comprometido no sería promulgada por un teórico del arte por el arte y tampoco mostraría deliberación por la ética que un escritor debe mantener ante el lenguaje.

El estilo descuidado, directo, incluso a veces panfletario de Sartre pone de relieve que la escritura existencialista no era un arte que aspirase a la sublimidad

1. JEAN PAUL SARTRE, *¿Qué es literatura?*, trad. de A. Bernárdez, Losada, Buenos Aires, 2003, p. 11.

2. JEAN PAUL SARTRE, *San Genet comediante y mártir*, trad. de L. Echávarri, Losada, Buenos Aires, 2003, p. 85.

3. JEAN PAUL SARTRE, *San Genet comediante y mártir*, p. 446.

de la palabra; en *La náusea*, por ejemplo, utilizaría el diario como género para desligarse del orden que el argumento de una novela requeriría, con el objetivo de supeditar y situar el lenguaje al servicio de la realidad de Pierre Roquentin. Observamos en la novela un giro. En un principio Roquentin llega a Bouville para investigar la figura del marqués de Rolleston y ampliar un trabajo historiográfico. En esta parte de la novela (si es que hay partes), el personaje se muestra por debajo del lenguaje, es decir, vive para él, lo cultiva hacia el pasado; el cambio de actitud hacia el lenguaje —que sólo percibe el lector— comienza cuando la náusea ha penetrado en el cuerpo de Roquentin. El hecho de que entonces dirija la atención hacia su propio presente y de que el principal motivo de la estancia de Roquentin en Bouville, esto es, el estudio del pasado, quede en un segundo plano, debe parecernos al menos simbólico. Aunque se ha de considerar que fue la primera novela que Sartre escribió, hay cierta propensión que desarrollaría a lo largo de su obra y de su vida, y que presenta el lenguaje encauzado hacia la situación de la existencia particular insertada en la cotidianidad del hombre: “El lenguaje es una prolongación de los sentidos”.⁴ Enviar un mensaje supondría no considerar el lenguaje como una barrera, sino como un proyectil para dar en un blanco concreto, y remover cualquier prejuicio que se interponga en la trayectoria de la palabra. El concepto de “materia de la literatura” se convertiría, dentro del universo sartreano, en la premisa mayor para conservar la palabra escrita y considerar cualquier escrito un hecho social que tuviera en cuenta a un público universal. Algo tan sencillo para Sartre como el acto de denominar los objetos con la aparición de grafemas en el papel sería el sustento de la materia de la literatura, que sólo algunos escritores estarían dispuestos a preservar y que sería suficiente para realizar un acto que, por supuesto, procedería de unas causas y llevaría a unas consecuencias, argumento que, por ejemplo, Baudelaire —según Sartre— no habría estado dispuesto a asimilar. Cuando Baudelaire, antes de ser escritor, se percibió como existente desamparado sin otro sentido que su propio esfuerzo, la indiferencia se convirtió en su forma de vida; reflexionar sobre el propio fin que quería dar a su vida se convirtió en algo absurdo, como el propio poeta dirá en una carta a su madre: “Lo que siento es un inmenso desánimo, una sensación de aislamiento insostenible...”.⁵ ¿Cómo se traduce esto al uso del lenguaje? Salvando la maravillosa estética que Baudelaire pudiera dar a sus palabras, nunca las aplicaría como medio para introducir un hecho en el mundo y realizar un cambio (que podría ser una desmitificación, una crítica, etc.). ¿Qué sentido tendría escribir para alguien que quisiera dedicar su vida a la poesía en sentido baudelairiano? La figura del poeta quedaría relegada o sublimada —según el punto de vista que adoptemos— a la participación en la corporación de escritores clásicos para recordar el mundo de los muertos, y así justificar el olvido del presente introduciendo una perfección formal displicente con los significados humanos.

Flaubert, modelo de escritor del siglo XIX, es presentado en *El idiota de la familia*, como una persona que no vio en el lenguaje un instrumento de nominación (y con ello de denuncia, desmitificación). Tal vez haya una justificación para la actitud de Flaubert. La expresión “idiota”, como señala el título de la biografía de Sartre, hace referencia al estancamiento que sufrió

en su infancia, con todo lo relacionado con las letras. Descifrar el sentido de cualquier escrito se habría convertido en un infierno para el pequeño, que sería condenado por su propia familia también con palabras (reproduzco una parte de *El idiota de la familia*): “Flaubert, ¿dónde estás? Quitate el dedo de la boca, pareces idiota”.⁶ Esta llamada al orden tiene detrás a una familia de estructura semifeudal, que consiguió enajenar a sus miembros y someterlos al grupo. Esto podría explicar por qué Flaubert desarrolló la tendencia a destruir el lenguaje mediante el lenguaje. Tras la decisión de convertirse en escritor, actuó conforme le habían enseñado. ¿Cómo pedirle a un niño que en cuestión de un breve intervalo de tiempo había pasado de ser un retrasado a ser un genio y cuyas decisiones habían sido guiadas por el *pater familiae*, que se comprometiera con su escritura? Si además había sido influido por la política contrarrevolucionaria de su clase, en Flaubert encontramos a una víctima de su época, cuyo reflejo está en que Sartre lo pueda acusar de quietismo, y su aspiración desde que quiso ser escritor fue sobresalir de su época para alcanzar la gloria. Con este tipo de explicaciones Sartre podía acusar a Flaubert de escritor pasivo: Gustave “no está hecho para la praxis... se descubre pasivo en el universo del discurso activo.”⁷ (En el caso de Baudelaire, la creación *ex nihilo* suponía un abismo que las palabras debían superar, en comparación también con la figura de “San Genet” y con las acusaciones contra los surrealistas de principio de siglo por escribir para no decir nada.⁸ El lenguaje sería considerado un utensilio capaz de influir en una época de catalizadora emancipación. Según Sartre, la lengua materna de Breton no era la más acertada a la hora de hacer cosas con palabras, pues hacer de una prosa o un verso un conjunto de grafemas que no signifiquen nada es un artificio inútil, que ha despojado al escritor de su verdadera labor, es decir, hacer cosas con palabras.)

Si al hablar de moda existencialista damos a entender que fue una corriente efímera, que tuvo relevancia en su momento pero que ya habría muerto (en parte porque nadie pronuncia sus tesis en público y en el ámbito académico su estudio queda en un lugar secundario), no haríamos justicia al hecho de que el existencialismo de Sartre, como si se tratara de algo premeditado, era una filosofía destinada desde el principio a ser una “moda”, si por moda entendemos un pensamiento que surge de una época, que está destinado a esa época y que, como hemos comprobado con el paso del siglo XX, muere con ella. La principal característica que debe tener un escritor que se amolde a las exigencias existencialistas es que dirija sus palabras a los lectores de una época, para tratar de solucionar problemas concretos de esa sociedad. Podríamos decir que su muerte es la consecuencia de su principal tesis, “el hombre no es, se hace”, y en cada época de distinta forma, puesto que los sistemas políticos cambian, las instituciones se modifican, en general, la “situación” a la que el individuo se enfrenta es diferente, y por ello hay que actuar de diferente manera. Pero hay un valor en la figura del escritor diseñada por el existencialismo que permite al escritor contemporizar con su época y a la época con la eternidad. Hablar de literatura de compromiso es hablar de una literatura que no se deja llevar por ningún tipo de espiritualismo, que se muestra suspicaz ante los acontecimientos y los examina con la intención de desmitificarlos, afirmarlos o desmentirlos.

4. JEAN PAUL SARTRE, *¿Qué es literatura?*, p. 66.

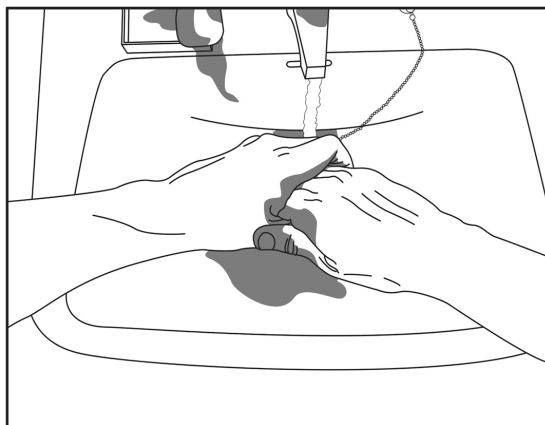
5. JEAN PAUL SARTRE, *Baudelaire*, prólogo de M. Leiris, trad. de A. Bernárdez, Alianza, Madrid, 1984, p. 66.

6. JEAN PAUL SARTRE, *Flaubert, el idiota de la familia*, trad. de P. Canto, Editorial Tiempo Contemporáneo, Buenos Aires, 1975, p. 38.

7. JEAN PAUL SARTRE, *Flaubert, el idiota de la familia*, p. 52.

8. JEAN PAUL SARTRE, *San Genet comediante y mártir*, p. 596. Sartre contrapone aquí a Genet con los surrealistas.

Una de las primeras cuestiones que habría que desmitificar es la propia figura del escritor. En palabras de Edward W. Said, Sartre “trataría de bajar del pedestal” a los literatos, y recordarles que cada palabra que se desprenda de su pluma tendrá un sentido en el universo, ya sea para un bando o para otro, ya sea para renunciar a la expresión (o creación). Mientras que la cuestión del lenguaje no fue tomada muy en serio por los surrealistas, Sartre se vio obligado a afirmar que “no queremos avergonzarnos de ser escritores”, esto es, la tarea del escritor sería “hacer entrever los valores de la eternidad que están implicados en esos debates sociales y políticos”.⁹



9. JEAN PAUL SARTRE, *¿Qué es literatura?*, p.15.